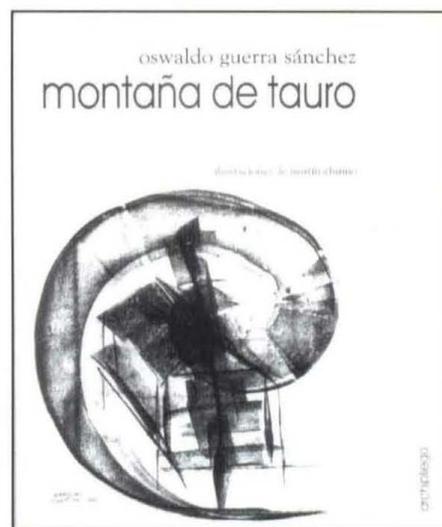




RESEÑA

UN CAMINO HACIA LA IDENTIDAD

FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA



MONTAÑA DE TAURO
OSWALDO GUERRA SÁNCHEZ
ARCHIPLIEGO, 2004.

Permítanme, de entrada, una confesión literaria: me ocurre con la poesía un hecho que no me provoca la contemplación de otras manifestaciones artísticas. Es algo que se ha desatado, posiblemente, con la edad; pero no descarto que influya sobremanera la saturación a la que me ha llevado con disgusto la mediocridad que en este ámbito se contempla. El hecho es claro: cada vez me cuesta más hablar de buena o mala poesía. Una obra es poesía y, por lo tanto, merece todos los parabienes y halagos; o no lo es, por lo que no merece más comentario. Quizás, lo reconozco, sea una postura demasiado tajante o radical, que pueda dar cuenta de un personal espíritu censor –en un año cervantino como éste, recordemos la selectiva y saludable quema de libros por parte del cura y del barbero–; no obstante, creo que, por otro lado, digo lo que siento como un deber crítico y me reconcilio con los más dulces placeres estéticos.

Montaña de Tauro es poesía (Archipliego, 2004). Su autor, Oswaldo Guerra Sánchez (Las Palmas de Gran Canaria, 1966), está rendido desde hace mucho tiempo al

poder y al goce de las palabras. Sé que él preferiría pasar desapercibido y que este breve artículo solo hablara de su trabajo, pero voy a esquivar por unos instantes esas pretensiones para hablar de él como poeta. Oswaldo Guerra ha elegido ser un autor de largo recorrido, de aquellos que conciben una producción como el resultado de una indagación personal y literaria que se aparea al transcurso de una vida. Cada libro que sacan a la luz estos escritores son capítulos de un “gran libro” que se cierra al final –siempre hay un final–, cuando la escritura cede a la edad. Además, ha decidido ser poeta sin estridencias, sin aspavientos, sin prisas, sin caer en la tentación, en esta época mediática, de querer prodigarse más él que sus palabras; sabedor, sin duda, de que son éstas las que en realidad, al final, van a dar la medida de su calidad poética.

Oswaldo Guerra es profesor titular de Didáctica de la Lengua y la Literatura española, en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Amén de poeta, se ha dedicado a la crítica y al ensayo literario; en este ámbito, entre otros textos de interés, destacan *La obra poética de Carlos Pinto Grote* (1998), *Un modo de pertenecer al Mundo* (2002) y *Senderos de lectura* (2002). Sus obras poéticas son *Teoría del paisaje* (1992), *De una tierra extraña* (1993), *De camino a la casa* (2000), y la última entrega: *Montaña de Tauro* (2004).

Lo primero que sobresale como general en todos los títulos –salvo en *La obra poética de Carlos Pinto Grote*, cuyo

marco está muy delimitado por el autor al que se dedica–, es su imbricación casi telúrica con el espacio –“Mundo”, “senderos”, “paisaje”, “tierra”, “camino”, “casa”, “montaña”–. En todos los textos, las referencias al vínculo con el lugar, más o menos próximo, son huellas muy marcadas; en concreto, resalta en este panorama la idea del recorrido, el camino cual experiencia de vida, como un intenso leitmotiv. La búsqueda incesante de la *casa* evoca bosquejos homéricos de *La Odisea*, del Ulises embarcado en su aventura de arribar finalmente a su Ítaca. También, por supuesto, al nombrar esta isla surge, infrenable, el famoso poema de Kavafis titulado precisamente así, *Ítaca*, que es toda una filosofía de vida acerca de cómo debemos afrontar todos aquellos caminos que nos conducen a todas las casas posibles, teniendo en cuenta aquí que esas vías y esas estancias pueden ser, metafóricamente, cualquier trayecto que llevemos a cabo para alcanzar una meta, un ideal. Los caminos no tienen por qué ser traumáticos, muy al contrario, para Kavafis es realmente el camino el que va a deparar mayor grado de satisfacciones personales: “Debes rogar que el viaje sea largo, / que sean muchos los días de verano; / que te vean arribar con gozo, alegremente, / a puertos que tú antes ignorabas”.

Montaña de Tauro es un libro hermoso, y esto hay que extenderlo sin ambages tanto al continente como al contenido. Oswaldo Guerra ha contado con un privilegio que realza, y de

poder y al goce de las palabras. Sé que él preferiría pasar desapercibido y que este breve artículo solo hablara de su trabajo, pero voy a esquivar por unos instantes esas pretensiones para hablar de él como poeta. Oswaldo Guerra ha elegido ser un autor de largo recorrido, de aquellos que conciben una producción como el resultado de una indagación personal y literaria que se apareja al transcurso de una vida. Cada libro que sacan a la luz estos escritores son capítulos de un “gran libro” que se cierra al final –siempre hay un final–, cuando la escritura cede a la edad. Además, ha decidido ser poeta sin estridencias, sin aspavientos, sin prisas, sin caer en la tentación, en esta época mediática, de querer prodigarse más él que sus palabras; sabedor, sin duda, de que son éstas las que en realidad, al final, van a dar la medida de su calidad poética.

Oswaldo Guerra es profesor titular de Didáctica de la Lengua y la Literatura española, en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Amén de poeta, se ha dedicado a la crítica y al ensayo literario; en este ámbito, entre otros textos de interés, destacan *La obra poética de Carlos Pinto Grote* (1998), *Un modo de pertenecer al Mundo* (2002) y *Senderos de lectura* (2002). Sus obras poéticas son *Teoría del paisaje* (1992), *De una tierra extraña* (1993), *De camino a la casa* (2000), y la última entrega: *Montaña de Tauro* (2004).

Lo primero que sobresale como general en todos los títulos –salvo en *La obra poética de Carlos Pinto Grote*, cuyo

marco está muy delimitado por el autor al que se dedica–, es su imbricación casi telúrica con el espacio –“Mundo”, “senderos”, “paisaje”, “tierra”, “camino”, “casa”, “montaña”–. En todos los textos, las referencias al vínculo con el lugar, más o menos próximo, son huellas muy marcadas; en concreto, resalta en este panorama la idea del recorrido, el camino cual experiencia de vida, como un intenso leitmotiv. La búsqueda incesante de la *casa* evoca bosquejos homéricos de *La Odisea*, del Ulises embarcado en su aventura de arribar finalmente a su Ítaca. También, por supuesto, al nombrar esta isla surge, infrenable, el famoso poema de Kavafis titulado precisamente así, *Ítaca*, que es toda una filosofía de vida acerca de cómo debemos afrontar todos aquellos caminos que nos conducen a todas las casas posibles, teniendo en cuenta aquí que esas vías y esas estancias pueden ser, metafóricamente, cualquier trayecto que llevemos a cabo para alcanzar una meta, un ideal. Los caminos no tienen por qué ser traumáticos, muy al contrario, para Kavafis es realmente el camino el que va a deparar mayor grado de satisfacciones personales: “Debes rogar que el viaje sea largo, / que sean muchos los días de verano; / que te vean arribar con gozo, alegremente, / a puertos que tú antes ignorabas”.

Montaña de Tauro es un libro hermoso, y esto hay que extenderlo sin ambages tanto al continente como al contenido. Oswaldo Guerra ha contado con un privilegio que realza, y de

qué modo, la extraordinaria edición de Archipliego, dentro de su colección "Silo del fuego". Nos referimos a las ilustraciones de Martín Chirino, soberbias en su aparente sencillez y en su adecuación al entramado poético. Se produce una simbiosis entre los dos artistas que, aparte del valor intrínseco de las piezas de Martín Chirino y de los versos de Oswaldo Guerra, hace que el libro, como pieza única, se revalorice enormemente. Dos elementos simbióticos descuellan sobre cualquier otra consideración: la casa y la espiral, que representan el hogar y el camino, o la familia –y ahí encajaría todo lo que pueda significar: el refugio, la paz, la alegría, quizás también el dolor, pero en compañía...– y el viaje –vida, experiencias, tiempo que fluye como filamentos de agua...–, símbolos que se concretan en la búsqueda de una identidad.

La poesía de Oswaldo Guerra recoge el testigo de una larga tradición literaria en la poesía occidental, que se adscribe al legado que supuso Stéphane Mallarmé y la gran línea creativa simbolista que generó la revolución –o evolución– estética encarnada por el genial autor parisino. Cintio Vitier, en su prólogo a *Cien años de Mallarmé (Igitur y otros poemas)* (1998), escribe estas palabras que sintetizan el espíritu simbolista mallarmiano: "No es raro que, dos siglos después de Pascal, consumando sus meditaciones sobre el lenguaje, un poeta vuelva también los ojos a la noche estrellada para encontrar allí el ideal de la página absoluta.

Sólo que en él ya no hay espanto sino la frialdad de una especie de positivismo místico de la palabra. Quiere alcanzar la escritura sin discurso, el lenguaje sin costumbre ni azar, la voz pura identificada al signo puro en el espacio puro. Pronto comprendió que buscaba lo más difícil, lo que nunca aparece en la lucidez, la ausencia".

La búsqueda de lo absoluto –del *todo* o de la *nada*, tan antitéticos y tan unidos, como sostuviera, magistral, José Hierro en su soneto "Vida" de *Cuaderno de Nueva York*: "Después de todo, todo ha sido nada, /a pesar de que un día lo fue todo"– se establece a través de una experiencia estética que tiene mucho de comunión mística –véase el universo juanramoniano–. Ahí, en ese estado, se formalizan los símbolos que representan el mensaje poético; en *Montaña de Tauro*, los símbolos de la casa y la espiral constituyen las vértebras donde se asienta la estructura y el desarrollo textual de la obra. Las partes en que ésta se diseña así lo atestiguan: "Huida", "La llamada", "Nada que decir", "Lugares altos", "En el camino" y "Casa del Sol". Existe una secuencia lógica que proporciona al libro una cohesión interna y una clara unidad literaria. Nada está al albur.

El primer poema "Ouroboros" –la serpiente que se muerde la cola– es toda una declaración de intenciones, pues apunta a lo circular, a la vida cíclica basada en la creación, sustentación y destrucción. La espiral comienza, y lo hace manifestando la necesidad de la

huida: “Un camino de soledad unía el alto y el bajo de la urbe. Atraídos por el olor de la marea, acudíamos temprano a la costa, a pie ligero, no se nos fuera a escapar el trozo de sol de la mañana. Bajo un párpado anaranjado”. La bipolaridad –alto/bajo– es propio del símbolo, pues es como un objeto partido en dos que necesita de ambos para existir. En este poema en prosa se presenta la dirección del *camino* hacia la *casa*, de abajo, desde la urbe, hacia arriba, hacia lo alto; la “Casa del Sol” es la última estancia a la que llega el viandante. Ahí está la montaña de Tauro, un lugar de la isla de Gran Canaria donde abunda el silencio y la contemplación es placentera. En “Los pinos de Tauro” se da rienda suelta al verdadero goce: “Desde el alto de Tauro puedo gritar al espacio que es inmenso a mis pies, y escuchar lo anchuroso de mis cuerdas, tensadas al vacío, agarradas de andén a andén”.

La poesía de *Montaña de Tauro* es límpida, con una sencillez transparente producto de un laborioso trabajo de pulimento literario. Las palabras están seleccionadas con la habilidad imprescindible para que sean irremplazables. Los espacios en blanco –la blancura, la pureza estética– son silencios –ausencias– que permiten embriagarse de la armónica sinfonía de los sonidos que nacen de los versos. Todo se llena de plenitud: “Círculos en que el aire / pule el habla / para la más acordada / de las voces...”. Se saborean todos los reclamos del paisaje, entre ellos la mezcolanza de los olores naturales: “Mientras, aguardamos abrimos al alba para la esperada recolecta: poleo, pino, brezo, algo de tomillo de monte”. Y más allá de las plácidas caricias del lenguaje, *Montaña de Tauro* es una obra de proyección intelectual, de reflexivo ahonde en los entresijos del ser humano, que se hace presente en el yo poético que asume el protagonismo desde el principio, desde el inicio del camino. En realidad, todo camino es exterior pero cuando es rico en experiencias se hace interno, como ocurre con este libro de Oswaldo Guerra que contiene solo poesía: “Afuera el habla habla siempre/ el habla habla en la luz abierta / siempre habla”.